

Lectura y escritura en México: procesos de aprendizaje institucional

Brenda Ríos



“Leer es siempre esto: hay una cosa que está ahí, una cosa hecha de escritura, un objeto sólido, material, que no se puede cambiar, y a través de esta cosa nos enfrentamos con alguna otra que no está presente, alguna otra que forma parte del mundo inmaterial, invisible, porque es sólo pensable, imaginable, o porque ha existido y ya no existe, ha pasado, perdida, inalcanzable, al país de los muertos...”

Italo Calvino

Vivimos en un país que gusta de celebrar inauguraciones, cortar listones, tomarse la foto con la primera piedra de un edificio recién instaurado. Se celebran grandes y ambiciosos proyectos como bibliotecas digitales, programas de difusión y de apoyo a la lectura. La promoción a la lectura es el cajón insuficiente del mueble monumental de cada sexenio. Pero, y ese es el nudo del asunto: cómo hacer que las personas lean, se hagan de bibliotecas personales, comenten sus lecturas, intercambien libros que les apasionen si, en su mayor parte, la vida nacional se ocupa en lo urgente y no en lo importante, como diría Mafalda.

Leer es fundamental por muchas razones, es imprescindible para el desarrollo de un país, es capital para la comprensión entre los hombres, para la valoración de la historia en sus mitos y

conformaciones; pero es comprensible también el demérito de la actividad lectora frente a circunstancias que atenúan la posible adquisición del hábito: el limitado número de librerías por personas en este país, el precio de un libro que puede ser de más de tres salarios mínimos a menos que sean ediciones populares (ahora con el precio único quizá las cosas sean distintas), la falta de programas eficaces que concentren su ánimo institucional y recursos en fortalecer los valores de la lectura más allá de sus tintes de aprendizaje inmediato o de superación personal.

Las circunstancias, lo sabemos, son tan complejas como variadas, y si el hábito de la lectura se desarrolla en la infancia, como suele insistir la SEP, hay dos instancias que bien podrían compartir la responsabilidad y los frutos: la familia y la escuela. Entre el Estado y la sociedad la escuela es un elemento no sólo concluyente para la conformación del individuo sino que también lo demarca y lo fusiona en gran medida a los conceptos en que basará su relación con las instituciones sociales su vida entera. Desde finales del siglo XIX, con la inclusión de las mayorías a la educación se estampa el estatus político-social del hombre y en nuestros días esto no ha cambiado: la educación no sólo marca sino que limita, condiciona y separa.

II

Oficialmente vanagloriamos el hábito de la lectura, pero en la realidad de lo cotidiano los medios son inexorables. Ante el televisor (o si hay, computadora) el libro mantiene su batalla desigual. Se requieren mayores mecanismos en las escuelas para que los padres comprendan la importancia de la creación de hábitos de lectura más allá de comprar un libro y dejar al niño solo en su descubrimiento.

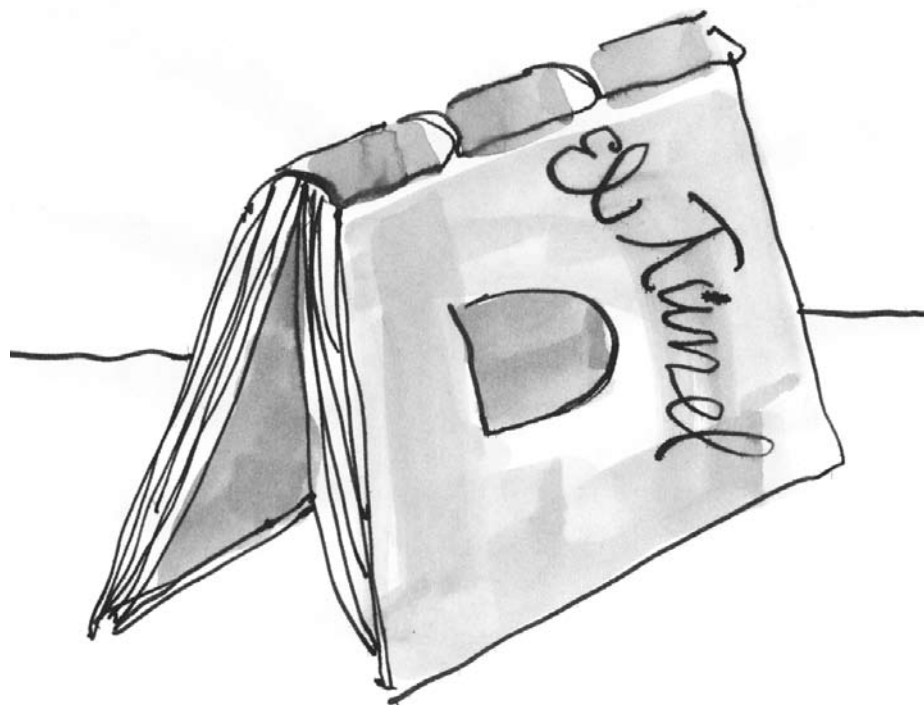
La idea de la lectura como algo improductivo sigue imperando. La lectura, nos guste la idea o no, sigue siendo una actividad ligada a los privilegiados, al ocio del burgués, supeditada a los medios de producción social y cultural, voluble a factores de mercado, frágil en su constitución de “necesaria”. La apropiación del

capital simbólico es responsabilidad de cada individuo, pero compete a la escuela dar herramientas para que ésta sea aprovechable, crítica y apta para la conformación de ciudadanos conscientes, despiertos. La educación pues, es proporcionada por el Estado pero el capital cultural y simbólico es personal, sujeto a factores socioeconómicos paralelos o periféricos a las políticas culturales de Estado.

Martí decía que la cultura conduce a la libertad; paradójicamente podemos tener una biblioteca y un profesor pero no hay intermediarios que tengan por tarea formar lectores. La educación sigue siendo una institución ambigua y algunas veces lejana entre el Estado y la familia. Uno de los desaciertos de las campañas en pro de la lectura es añadirle el concepto de conocimiento: leer para entender, la lectura comprendida como un sinónimo de progreso inmediato, dejando en segundo término la lectura del placer. La información erigida en su arrogancia ante el gusto de la lectura. Institucionalmente no se da aliento a la idea de la lectura gozosa, estamos condenados a leer para estudiar y ser mejores, pasar los exámenes, entrar a la universidad, conseguir un empleo, instalar un aparato audiovisual, firmar un contrato; leer para aprender, y ya, si hubiera tiempo y el trabajo ya está realizado, la producción del día terminada, el hombre está libre entonces –sin culpa– para leer literatura.

III

Existir como lectores es hacer cohabitar nuestra mortalidad con la inmortalidad de la literatura. Dejarse llevar por las palabras. Las palabras y las cosas. Los libros son más fieles en su humanidad ficticia que algunos hombres verdaderos. Tenemos en las manos el objeto concreto de su historia. Ahora, definitivo y cierto como puede ser una hipótesis de lectura, insisto en lo siguiente: hay autores que se acercan a nosotros, nos tocan, los invitamos a pasar a nuestra casa, a lo íntimo de la sábana, al sofá, comparten la copa de vino, la música que elegimos para dedicarnos a ellos. Preferimos la intimidad con alguien que no vemos pero que creemos ver. Los autores saben de nosotros



porque no nos da vergüenza admitir nuestras flaquezas y complejos ante ellos mientras titubeamos sentimentalmente con el hombre real o la mujer real que se acerca y pregunta.

Como sujetos formados a partir de las instituciones –sociales y educativas– logramos crear una coraza compuesta por varios materiales: nuestro aparato crítico, emocional, sentimental, intelectual y ético, además de nuestra entidad histórica validada en cierta tradición religiosa o política –aun cuando no seamos practicantes– y que –conscientes o no de ello– ponemos frente al otro al conocerlo, al reconocerlo, al mirarlo; esta entidad que nos conforma como individuos no la revelamos completa incluso después de años de irle dando sentido y explicación, porque esta entidad no es fija, es

movible... Ni siquiera podemos decir que está completa, que nada más cabe en ella, que estamos ahitos de nuestra propia potencialidad, de nuestra proyección humana en el límite que nos corresponda. Las relaciones humanas interactúan en diferentes esquemas y en diferentes capas de comprensión lectora: son demasiados elementos en interacción, a nuestra entidad movible (con algunos supuestos que no se tocan, como la cuestión religiosa o un sistema de valores armado ya de tal forma que no se está dispuesto a ponerlo en peligro) hay que agregar la entidad del otro, lo que lo conforma: su aparato crítico formado a su vez con elementos comunes y con elementos extraños o al menos sujetos al mundo con otra concepción de las cosas; el lenguaje es fundamental, aún en la misma lengua hay incompreensión de

*Existir como lectores es hacer cohabitar nuestra mortalidad
con la inmortalidad de la literatura.
Dejarse llevar por las palabras.*

lo que se dice, de la intención de lo que se quiere decir y si tenemos la suerte el otro se queda con un fragmento de un esquema lingüístico y semántico.

Si nos quedamos sólo con la visión de nuestra entidad y sólo nos rodeamos de aquéllos que la comprenden, la asimilan y la comparten, nos quedamos con una sola visión humana, y el hombre es en realidad muchos hombres, subjetivo, sustraído en yos distintos; nos ha tocado vivir tiempos volátiles, así de intensos como inasibles; pero tenemos la gran fortuna de poder ver a tantos otros seres que sería ridículo no aprovechar la oportunidad de ver más allá. El otro que no soy yo, pero que también es todos mis yo posibles.

¿Qué cosa es la literatura si uno puede sentir esta compasión por seres que no están, que no son? ¿Por qué la construcción de la ficcionalidad puede ser más verídica que lo que sucedió en la mañana en el trabajo o en el mercado, en el choque que vimos camino a casa? ¿Cómo ignoramos los detalles de nuestra propia relación con los demás y recordamos detalles mínimos, coloridos, de las vidas noveladas, de las vidas de los personajes, de los pensamientos de los personajes? El otro día hablaba de Sandor Márai, un escritor húngaro, de sus novelas masculinas y plenas de la nostalgia por el imperio perdido en Europa; hablaba de él como si hubiéramos desayunado juntos, así de cerca y perversa es la relación que establecemos con los libros, creemos conocer a los autores no por ellos sino por las vidas inventadas.

El juego literario es que cualquiera puede entrar en él, leer es aceptar reglas ocultas y tácitas, uno sabe que lee algo inventado: lo fascinante ini-

cia cuando se cree más en el invento, más en el artificio que en todo lo demás... Omar Khayám, el filósofo, astrónomo y poeta persa del siglo XI me tiene unida a él como ninguna relación amorosa puede hacer, sus palabras llegan y dicen cosas del tiempo, de los mitos, de las uvas en el desierto, del amor condenado a evaporarse y del vino como el refugio para la brevedad de la vida en la tierra. Su poesía llamada hereje habla de la divinidad que hay en cada hombre si aprecia vivir, si aprecia el goce y se entrega al placer antes que nos alcance la guerra o la miseria que hay en cada uno de nosotros.

IV

Creo que si se insistiera en la escuela que leer es divertido, que en los libros pasan cosas que podrían o no pasar en “la vida real”, que los autores son hombres que imaginan, que los libros son objetos de nuestro tiempo aún cuando llevan siglos y sus creadores han muerto, que los libros enseñan a creer y descreer, creo que si esto fuera posible habría más lectores voluntarios. Asumir y difundir que la lectura es un asunto de urgencia nacional –como lo es en realidad–; un país que no lee es un país subvencionado a su falta de imaginación y voluble a toda colonización ideológica, mediática, corporativa. Bajar los costos de libros no sólo clásicos sino contemporáneos, permitir que la lectura sea a fin de cuentas democrática: que su única restricción sea la capacidad de apropiación de cada persona, de su imaginación, de sus hábitos adquiridos como lector, de sus gustos y no de su bolsillo, no entre la decisión de elegir un libro o la comida del día; pero creo, pese a todo, que mientras tengamos un país con pobreza extrema y marginalidad educativa será muy difícil hablar de la lectura como una necesidad urgente. **B**